

XI

VANIDAD  
de la hermosura

Á OCTAVIA

¡ Amor canto, ni hermosura,  
porque ésta es un vano aliño,  
y además,  
aquél una sombra oscura.

OCTAVIA

— ¿No es más que sombra el cariño?  
— *Nada más.*

Esas flores con que ufana  
tu frente se diviniza,  
ya verás  
cuál son ceniza mañana.

OCTAVIA

— ¿Nada más son que ceniza?  
— *Nada más.*

Y en tu contento no escaso,  
¿ qué dirás qué es un contento,  
qué dirás?

OCTAVIA

— ¿Nada más que viento acaso?  
— ¡ Nada más, niña, que viento,  
*nada más!*

En la edad de las pasiones,  
á vueltas de mil enojos,  
hallarás  
aire, sombras é ilusiones:  
¡ nada más, luz de mis ojos,  
*nada más!* . . .

XII

VIVIR ES DUDAR

Si vivir no es dudar, prenda querida,  
decidme, en mal tan fuerte,  
*¿ es el fin de esta vida nuestra muerte,  
ó es la muerte el principio de otra vida?*

Porque es nuestra existencia  
turbio fanal de inescrutable esencia;  
pues cual luz mortecina,  
sólo bordes de sombras ilumina.

Siguiendo la esperanza,  
quien la alcanza una vez, frágil la alcanza;  
si el aire sombra hiciera,  
como la sombra de los aires fuera.

Lloramos la partida  
de esta que vuela inconsolable vida,  
y es en la humana suerte  
la vida el pensamiento de la muerte.

Nuestros pérfidos cantos  
preludios son de venideros llantos;  
que es del dolor la puerta  
la que el gozo al pasar nos deja abierta.

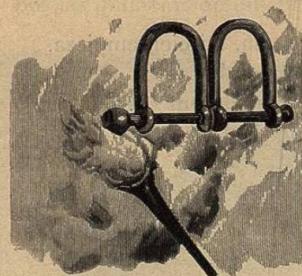
El mayor bien gozado  
jamás es grande hasta que ya es pasado;

pues sólo en la memoria  
es grande, al parecer, la humana gloria.

Y en tan vil confusión, prenda querida,  
nadie sabe inquirir, en mal tan fuerte,  
*si es el fin de esta vida nuestra muerte,  
ó es la muerte el principio de otra vida...*

XIII

PODER DE LA BELLEZA



¡E caso! Yo, que odio eterno  
siempre profesé á este paso,  
como á un paso del infierno,  
ya cándidamente tierno...  
¿ podréis creerlo? ¡me caso!

Y pues ya amo á una mujer  
(siento decir que no miento),  
justo es que cante, y lo siento,  
*de la belleza el poder.*

Yo, que amante meritorio  
llevé en España mi ardor  
de un jolgorio á otro jolgorio,  
haciendo el don Juan Tenorio  
con doncellas de labor,

Hoy mi indómita cabeza  
á un yugo al fin se somete:  
aquí dió fin el sainete...  
*¡Oh poder de la belleza!*

Yo, que canté á cualquier hora:  
«No me da pena maldita  
si tu pecho no me adora;  
que la mancha de una *mora*  
con otra *blanca* se quita,»

Peno por una mujer,  
y (aparte) rabio de celos.  
¡A tanto se extiende, cielos,  
*de la belleza el poder!*

Yo, que amé en la edad florida  
cada *cien* días á *ciento*,  
¡ya hace *un mes* que mi querida  
es aliento de mi vida,  
es la esencia de mi aliento!

*Un mes* en mí de terneza  
es de treinta años emblema:  
es la vida... es el poema  
*del poder de la belleza.*

Con mi triste casamiento  
(mis ex-amadas, mi ex-gloria),  
ya nos arrebata el viento  
tanto amor que ha sido historia,  
tanta historia que fué cuento!

Mas todo es sueño, á mi ver,  
en esta vida traidora;  
sólo es real, á cuartos de hora,  
*de la belleza el poder.*

¡Ya no os daré cantilenas,  
jugando al toma y al daca,  
pelo, anillos ni cadenas,  
ni tantas cosas, tan buenas  
para hacer nidos de urraca!

Y á fe que es necia flaqueza  
que, ganando mil ventajas,  
sólo estribe en zarandajas  
*el poder de la belleza.*

Pues me caso, Satanás  
haga á mi esposa, ó Dios la haga,  
no pedir cuentas de atrás;  
pues *si el que la hace la paga...*  
¡Santo Cristo de Candás!

Si expiación llega á haber,  
siendo, cual la muerte, fuerte,  
es horrible, cual la muerte,  
*de la belleza el poder.*

¡Dios! á quien ofendo impío,  
dad á tanto error disculpa;  
perdonad mi desvarío:  
*¡por mi culpa, padre mío;  
por mi grandísima culpa!*

No os venguéis de quien si empieza  
cantando la palinodia,  
loa en tono de salmodia  
*el poder de la belleza.*

Desde hoy mis glorias de amante  
se concretarán, Dios mío,  
á tener en adelante

una mujer que me espante  
las moscas en el estío.

No extrañéis que tual placer  
el no *ver moscas* os nombre,  
que á tal punto humilla al hombre  
*de la belleza el poder.*

Hoy mi pecho, en conclusión,  
pide perdón y perdona  
á cuantos fueron y son...  
desde Lisboa á Pamplona,  
desde Sevilla á Gijón.

Y hoy, en fin, mi bien empieza,  
ó empieza mi mal acaso:  
de cualquier modo, ¡me caso!  
¡VICTORIA POR LA BELLEZA!

## XIV

## TODO SE PIERDE

Rosa, ¿con que perdiste  
la flor encantadora  
que la noche te dí de tu partida?  
Aunque la cosa es triste...  
la flor vaya en buen hora,  
si fué sólo la flor, Rosa, perdida;  
mas esto me convida  
(perdona) á que recuerde  
que en el mundo, mi bien, *todo se pierde.*

Todo se pierde, ¡ay triste!  
De tu frente, antes pura,  
baja, y verás con lágrimas tus ojos!  
Ya indócil se resiste  
al corsé tu cintura;  
sube al cuello después, y... ¡ay, qué despojos!  
El ver seco da enojos,  
árbol que fué tan verde.  
*¡Todo se pierde, sí, todo se pierde!*

De este pecho, tuyo antes,  
perdí un día la llave,  
y cuanto en él guardé, perdí con ella;  
ilusiones amantes,  
toda la villa sabe  
que para tí guardaba, Rosa bella.  
Mas, ¡cuán tarde mi estrella  
hizo que al fin recuerde  
que *todo* (¿no es verdad?), *todo se pierde!*

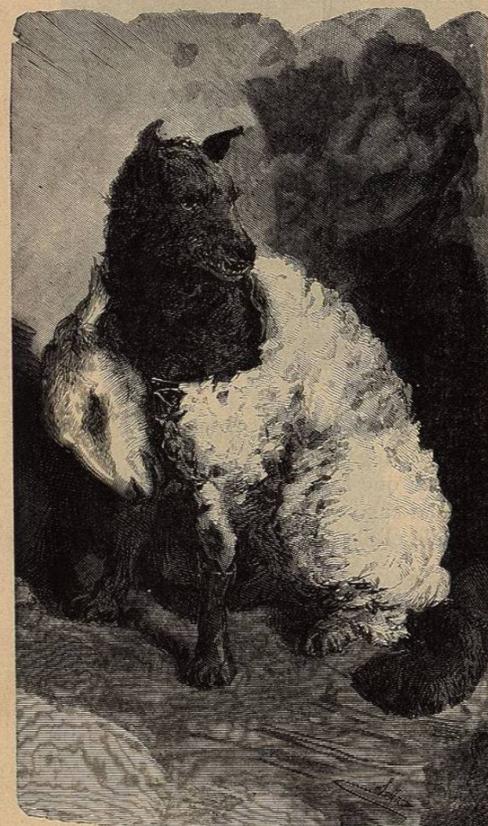
¿Qué fué de tu hermosura?  
¿Qué fué de mi ternura?  
De la flor que te dí, dime ¿qué ha sido?  
Perdióse la flor pura,  
lo mismo que (¡oh tristeza!)  
mi amor y tu hermosura se han perdido.  
En el mundo es sabido  
que, sin que uno se acuerde,  
*¡todo se pierde!* ¡oh Dios! *¡todo se pierde!*



## XV

## LA COMPASIÓN

— Niña, ¿por qué, desvelada,  
suspiras con tal empeño?  
— El porqué, madre, no es nada;  
sólo me siento hostigada  
por las quimeras de un sueño.



— El rostro, niña, sepulta  
en la holanda, que el espanto,  
viendo las sombras, se abulta.  
— Así derramaré, oculta  
entre sus pliegues, mi llanto.

— Pronto, la noche ahuyentando,  
llamará el alba á la puerta.

— Pues vendrá en vano llamando;  
que si ahora duermo soñando,  
después soñaré despierta.

— ¡Ay, que si el mundo ve ya  
de una niña el mal profundo,  
que es amor en decir da!  
— Pues sus razones el mundo  
para decirlo tendrá.

— ¿Y en qué livianas razones  
estriba el mal que te aqueja?  
— En unas tristes canciones  
que, de una lira á los sonos,  
alzaba un hombre á mi reja.

Entré afligida en el lecho,  
quedé traspuesta, y entonces  
sonó un ruido á poco trecho,  
que ¡cuál llagaría el pecho,  
cuando ablandaba los broncees!

Desperté á oírle, y la lira  
no alegró la soledad;  
y ahora mi pecho suspira,  
no sé si porque es mentira,  
ó porque no fué verdad.

— Mas ¿quién alzó las querellas?  
— Soñé que era un peregrino.  
¡Ay de las tristes doncellas,  
si al proseguir su camino  
puso los ojos en ellas!

— ¿Un peregrino, alma mía,  
cantaba en llanto deshecho?  
— Y soñé que era el que un día  
buscó albergue en nuestro techo  
por la tormenta que hacía.

Nieves y cierzo arrostrando,  
húmedos ya sus despojos,  
vinó á la puerta llamando;  
y yo se la abrí, mostrando  
la compasión en los ojos.

— ¿De cuándo acá se te alcanza  
recordar tal desacuerdo?

— Dejarme en mi bienandanza:  
¡bella será una esperanza,  
pero es muy dulce un recuerdo!

Aun me ocupa la memoria,  
cuando la lumbre cercando,  
entre ilusiones de gloria,  
una historia y otra historia  
me fué, amorosas, contando.

Siempre en ellas se moría  
uno que á su ingrato bien  
como á sus ojos quería;  
mas no me contó que había  
hombres ingratos también.

Dióme, con chistes discretos,  
conchas, cruces y regalos,  
y mágicos amuletos  
que por instintos secretos  
daban pavor á los malos.

Y los gustos de la vida  
me ponderaba halagüeño,  
en plática tan sentida,  
que, cual si fuese beleño,  
me iba dejando adormida.

Y mi amante pesadumbre  
prosiguió astuto aumentando,  
hasta que el postrer vislumbre  
débil lanzando la lumbre,  
se fué la sombra espesando...

— ¿Por qué entonces de su fuego  
rémora no fué tu calma?  
— Creí sus perfidias luego,  
porque acompañó su ruego  
con un suspiro del alma.

— ¿Y fuiste, al rayar el día,  
su ruta, niña, á inquirir?

— En vano fui, madre mía;  
ya el sol derretido había  
la nieve que holló al partir.



Corriendo desalentada  
fui de lugar en lugar...

— ¿Y qué hallaste, desgraciada?  
— Al cabo de la jornada  
hallé el placer de llorar.

— ¿Cuál genio, en tan triste día,  
á escuchar su frenesí,

más ciega que él te impelía?  
— La *compasión*, madre mía...  
— Y... ¿quién la tendrá de tí?

## XVI

## CORTA ES LA VIDA

ARÓSE, una voz sentida  
cierto viajero escuchando,  
y vió un ave que, rendida  
al pie de un árbol, piando  
triste exhalaba la vida.

Y al ver que, al árbol querido  
mirando desde la grama,  
alzaba el postrer gemido  
hacia la flexible rama,  
que era el sostén de su nido:

— He aquí— dijo en su sorpresa—  
la imagen de la fortuna:  
vagando sin ley alguna,  
al fin hallamos la huesa  
al mismo pie de la cuna. —

Y alejándose al momento,  
por templar su mal no escaso,  
añadió en su pensamiento:  
— ¿Cuánto las separa? — ¡*Un paso!*  
— ¿Y qué media entre ambas? — ¡*Viento!*

## XVII

## EL CONCIERTO DE LAS CAMPANAS

(PARA MÚSICA)

Por un *nacido* allí imploran,  
y aquí por un *muerto* lloran:

cuando allí tocando están  
¡*Din don, din dan!*  
tocan aquí en bronco son:  
¡*Din dan, din don!*

Allí un *vivo*, y aquí un *muerto*.  
A tan monstruoso concierto,  
labrando mis goces van,  
¡*Din don, din dan!*

su tumba en mi corazón:  
¡*Din dan, din don!*

¡Ay, cuán falsamente unida  
va con la muerte la vida!  
¡Qué inútil es nuestro afán!  
¡*Din don, din dan!*  
¡Qué breves las dichas son!  
¡*Din dan, din don!*